HARLEQUIN

PLACER EN PARÍS

Jina Bacarr



Fuego especial

Me encantó la película *Moulin Rouge* sobre París y *La Belle Epoque,* y me pregunto cómo sería ser delgada y fantástica como Nicole Kidman, y enamorarse de un tío bueno y cantar afinando cuando tienes un orgasmo. Pensaba en ello mientras comía *quîche* de verduras con queso bajo en calorías y un capuccino con leche desnatada. Pensaba en ello mientras les enseñaba propiedades comerciales a hombres viejos y aburridos, con lujuria en la mirada y flaccidez en los pantalones. Pensaba en ello cuando me dejaron plantada en el altar, y me fui a París de luna de miel, *sans* el novio.

Después ya no tuve que pensar más en eso, porque ocurrió. A mí, Autumn Maguire.

Así comenzó todo...

Désire
(Deseo)

No soy una mujer, soy un mundo.
Sólo han de caer mis vestiduras
y en mi cuerpo encontrarás
toda una serie de secretos.

Gustave Flaubert
(1821-1880)

1

París hoy. Un estudio de pintor en Marais.
La Modelo.

—¿Quiere que me quite la camiseta?
—Sí, *mademoiselle*.
—¿Y los pantalones?
Él asiente:
—Sí, *mademoiselle*.

—Espere un minuto parisino —protesto. Al viejo artista le cuelga un Gauloise de la esquina de la boca, como un pene fláccido. Da una bocanada —sin quitar los ojos de mi camiseta mojada, que se me pega como una pegatina—. He entrado aquí para resguardarme de la lluvia, no para una clase de aeróbic nudista.

Mi voz sale ronca, como del fondo de la garganta. ¿He dicho yo eso? Tengo que mantener la calma.

Tenía el mismo nudo en la garganta cuando me tragué el caramelo después de que David, mi ex prometido, me dijera que no la mamo bien y que no

podía seguir adelante con nuestra boda porque lo nuestro no iba bien.

El muy cabrón.

Ni que suspender un postgrado en mamadas fuera de una buena razón para obligarme a hacer terapia y poner a mi madre furiosa conmigo por la luna de miel ya pagada y no cancelable en París. Pero aquí estoy, paseando por la orilla derecha bajo la lluvia, como Jean Valjean con zapatillas chorreantes. Plantada y triste.

Me pregunto cómo consentí que David, un tipo que sabe usar la lengua para animar mi botoncito, me convenciera de cargarlo todo a mi tarjeta de crédito. Me he dejado la piel trabajando para ir ascendiendo desde la universidad, posponiendo mi sueño de abrir mi propia galería de arte. Ahora no sólo no tengo novio, sino que encima gasté el dinero de mi plan de pensiones en pagar doce vestidos de dama de honor con los correspondientes zapatos de Jimmy- como-se-llame a juego. Eso por no hablar de los más de ciento veinte kilos de costillas de primera. Poco hechas.

Después de cortar por la mitad mi tarjeta de crédito agotada, me bebí la última botella de champán y luego tiré mi vestido blanco, un Vera Wang de imitación, al contenedor más cercano. A la mañana siguiente salí en dirección a la cuna de los chocolates Godiva, para endulzar el mal sabor de boca que tenía. Y no me refiero a pasarme el rato de rodillas chupándosela a un tipo con un condón de frambuesa. Me refiero a algo dramático y sensacional, rezumante de energía acumulada. Quiero sentirme viva, deseada.

¿A quién pretendo engañar? Quiero ser una fabulosa diosa del sexo.

La juventud y el glamour no lo son todo.

Ja, para David sí. Por eso no estoy acurrucada con él entre las tibias sábanas de nuestro hotel en París, sino que estoy recorriendo la ciudad como una rata en una cloaca.

Ya no eres una jovencita, querida, y eres tan… eh… poco delgada. Por eso David se fue con esa afrodita rubia, insípida, flaca como un palillo, que ni siquiera tiene edad legal para beber. Tu secretaria, de hecho. ¿Cómo pudiste ser tan tonta?

¿Tonta? Fui imbécil, subnormal, una completa idiota por dejar que esa zorra me quitara a David. Me la jugaron.

¡Bum! Como para darme la razón, un relámpago azota los grandes ventanales y me golpea los ojos con violencia. Ilumina la tenue luz del estudio, y diluye el humo del ambiente.

Parpadeo. Vuelvo a parpadear. Esto parecen los efectos especiales de una película mala de terror. Ya no puede empeorar más. Las nubes de tormenta ocultan el sol de la tarde. Fuera cae una tromba de agua, golpea los cristales, reluce con un brillo húmedo. El trueno estalla altísimo. El viejo edificio se estremece. Tengo escalofríos. ¿De veras quiero volver a la calle en medio de esta tormenta? Por eso no protesto cuando el viejo artista me arrastra hacia la plataforma al fondo del estudio.

—Dese prisa, *mademoiselle*, nos quedamos sin luz.

Una oleada de tabaco quemado me ataca la nariz. ¿Quién es este tipo? Desde luego no es un adonis que pueda incitar a las mujeres a quitarse la ropa con una sonrisa. Es bajito, tirando a calvo, tiene tripa y fuma demasiado.

—Las manos quietas, *monsieur*, que sé karate — Es un farol, pero funciona con los ejecutivos empollones con los que tengo que lidiar todos los días,

que creen que ponerse en forma es algo que haces tú solo con una mano.

Por cierto, ¿han notado cómo al artista le ha impresionado cómo he dicho ka-ra-te con acento en la última sílaba? Puede que no la chupe muy bien, pero sé algo de los galos. Saqué sobresaliente en francés en la universidad, Puedo soltar suficientes insultos para impresionar al taxista más chungo, sé llamarle desde *salaud*, cabrón, hasta *quel casse-cuilles*, tocapelotas.

—Se ha equivocado, *monsieur* —digo, ahora que tengo su atención—, no estaría tan ensopada como una lasaña pasada si tuviera un paraguas, pero no tengo. En el Condado de Orange no lo tenemos nadie. Estropearía nuestra reputación. Por no hablar de los índices de audiencia.

Pone una cara extraña. ¡Qué tonta! ¿Cómo va a entender mi retórica pop con la que intento explicarle por qué no quiere verme desnuda, por qué me embadurno con cremas bronceadoras de imitación en lugar de lucir un biquini amarillo limón en una playa de Carolina del Sur? No le digo que la celulitis y yo somos uña y carne. Por no hablar del estómago, que tengo la sensación de que voy a empezar a soltar gases por las patatas fritas grasientas que me comí en el mercadillo.

—¿Entonces no es modelo, *mademoiselle*? —el viejo artista gesticula con las manos como si estuviese palpando melones en el supermercado.

Niego con la cabeza con efusividad:

—No.

—Lástima —tose, apaga el cigarrillo en un plato vacío. Hace una evaluación mental de mi desnudo desde la cima de mi gorra de los Red Angels pasando por mi camiseta blanca de algodón de DKNY y mis pantalones de deporte malvas con una raya

blanca a los lados, hasta los zapatos cómodos de andar—. Aun así, me gustaría dibujarte.

Inclino la cabeza a un lado, pensativa. ¿Qué me lo impide? Posar en braguitas y sujetador es como estar en biquini en la piscina, ¿no? así que, ¿por qué no me lanzo?

Asiento.

—Vale, será un curioso souvenir que llevarse a casa.

Sonríe. Entonces me suelta la bomba.

—*Bon*. Bien. Debe posar desnuda.

—¿Está seguro de que Madonna empezó así? —pregunto, mientras me aferro a mis braguitas y tiro de la goma hasta que se escapa y me golpea la piel. Ay. Ya me he quitado la ropa mojada y la he dejado colgada en el panel negro que hay en una esquina, junto con la riñonera con el dinero y el pasaporte.

—¿*Mademoiselle*?

—Sí, hombre, la cantante. ¿*Like a Virgin*? —agito las caderas como la superestrella. Por alguna razón, no surte el mismo efecto. El viejo artista se encoge de hombros.

—Me da igual que sea virgen.

No lo soy, pero sonrío de todas formas.

—Quiero dibujarla, *mademoiselle*, no quiero hacerle el amor.

Ya está. Mi ego no puede estar más bajo. Como un condón usado.

Bueno, allá voy.

Me bajo las bragas por debajo de los muslos y dejo que se deslicen hasta el suelo. Vale. Lo he hecho. Estoy desnuda. No hay vuelta atrás, aunque no me haya depilado más allá de la línea del biquini.

Viva yo desnuda.

Miro al viejo artista, que frota su caballete con un paño húmedo. Le pregunto con la mirada qué hago ahora.

Tose. Se limpia el sudor de la frente. Señala mis pies. Miro para abajo. Tengo los tobillos envueltos en nylon rosa. Cambio el peso de un pie al otro. La plataforma de madera cruje. Él me incita a darme prisa. Vale, vale. Empujo mis braguitas fuera de la plataforma con los dedos de los pies. No llevo nada más que mi propio sudor. Me río.

El viejo artista asiente, toma un carboncillo y espera a que me coloque. Me llevo la mano al pubis. Qué estupidez. Tengo que relajarme. Tranquila. Soy valiente. Un escalofrío me recorre la nuca y hace que mis pezones se endurezcan y apunten para afuera. Sé cómo se sienten los chicos cuando se les pone dura en medio de una reunión de trabajo. Pueden ocultarlo tras el boletín semanal de estadísticas de mercados. ¿Y yo? Estoy más desnuda que una hamburguesa baja en calorías sin acompañamiento.

Sé que están ahí sentadas, muy cómodas en chándal, moviendo la cabeza, pellizcándose los muslos y preguntándose cómo una mujer de treinta y pico años se ha atrevido a pensar en quitarse la ropa delante de cualquiera que no sea su ginecólogo. Pues no es fácil. No estoy precisamente delgada, por lo que resulta todavía más lamentable.

Estoy desesperada por un poco de acción, algo emocionante, y si el precio son unas bragas de La Perla, que caigan. Nunca pasa nada emocionante en el mundo de las ventas inmobiliarias, aunque fantaseo con encontrarme con Donald Trump entre bancarrota y bancarrota y recién divorciado de la última esposa.

Por desgracia, el tiempo no pasa en balde. Tengo treinta y cuatro años y algo más que un poco de tri-

pita desde que David se largó con mi corazón y mi fuerza de voluntad en el bolsillo trasero. La idea de posar desnuda tiene para mí una carga sexual implícita, un irresistible halo de prohibición, sin que comporte un riesgo ni para mí ni para mi reputación profesional. Un recoveco único de mi personalidad que nunca me he atrevido a explorar.

Hasta ahora. En este momento. Mi mundo es tan frustrantemente aburrido, tan conservador en todos los sentidos, que, aunque me choca la petición del artista, también me intriga muchísimo. Es parte de mi naturaleza.

Además, quiero demostrarle a mi ex prometido que aún doy morbo.

Rechino los dientes. Sólo de pensar en David me dan escalofríos. Tenía que haberlo dejado cuando me enteré de que me había utilizado para conseguir información sobre aquella venta importante de Wyoming. Pero resultaba tan convincente su discursito de «lo hago por nosotros», que dejé a un lado mis miedos y no protesté cuando me bajó las bragas y se dispuso a enviarme al cielo con su boca sexy.

Hasta mi madre me lo había advertido. Me dijo que David iba detrás de un buen cuerpo con una buena cuenta corriente. Pero no le hice caso. Tenía que habérselo hecho; ella acaba de divorciarse de su tercer marido.

Hoy no estoy de humor para consejos, así que he apagado el móvil. Mi madre me bombardea a mensajes que se parecen a los titulares que aparecen debajo de la pantalla en la CNN. No me interpreten mal. Quiero a mi madre, aunque coleccione licencias de matrimonio como otras mujeres guardan los cupones oferta del supermercado.

Para vuestra información, la he dejado muy ocupada reduciendo la deuda nacional francesa ella so-

lita en la calle de moda Saint Honoré, y yo me he venido al barrio Marais. Buscaba un póster o un cuadro para llevarme a casa a engrosar mi colección de obras vulgares de artistas por descubrir, o, más exactamente, barato, cuando estalló la tormenta de verano. Primero llegó una lluvia refrescante, que resbalaba por los tejados y las estrechas avenidas. Caían gotas como puños y se estrellaban contra las calles de piedra como globos de agua. Me calé. Me refugié en un estudio de pintor con un cartel medio borrado sobre el arco de la entrada: *Casa de Morand.*

«Casa de cera» sería más apropiado.

Este sitio parece sacado de una película de terror. Hay pelusas en los rincones, periódicos de color amarillo mostaza apilados en las sillas, y una estantería llena de libros de arte ocupa una de las paredes. Unos fogones con cazuelas rojas, sucias, conviven con una mesita de té china, con pinceles apilados en bandejas que contienen un líquido que huele a aguarrás.

El viejo artista carraspea.

—¿Está lista, *mademoiselle*?

Asiento.

La humedad resbala por la cara interna de mis muslos. Una humedad que me hace estremecerme cuando lo veo fumar y canturrear para sus adentros, esperándome. Ya no me puedo echar atrás. Respiro hondo. Aquí está, mi destino en un cuadro. Tengo calor, y sudo.

Hago una pose.

¡Quién hubiera dicho que estarse quieta veinte minutos iba a ser tan difícil! Sobre todo si me esfuerzo por no concentrar mi energía en mi pubis

palpitante. Vale, mi coño. Sí, me da vergüenza admitirlo pero me he excitado posando desnuda. No, el viejo artista no ha intentado nada, es muy profesional.

Soy yo.

Estoy tan frustrada sexualmente, que ni siquiera la rigidez del cuello y el dolor de espalda pueden evitar que fantasee con mover mi cuerpo a un ritmo sutil, con un amante que me lama el clítoris y luego los labios de mi sexo, que entierre su lengua en mí, y vuelva luego de nuevo al clítoris. De arriba abajo, hasta que vibre ahí abajo con una energía ondulante que nunca se detiene… nunca se detiene…

Mmmm… sigue soñando.

Tomo un descanso detrás de la pantalla para relajar mis músculos doloridos y limpiarme el sudor entre las piernas. Porque es sudor, ¿no? Sonrío, luego olfateo. A lo mejor no. Dejo escapar un suspiro y un pequeño gas (no he podido evitarlo) y alcanzo una bata descolorida de un gancho. Tirando a gris y salpicada de pintura seca, parece que lleva ahí colgada desde que liberaron París. Pero está seca, y mi ropa aún está mojada. Drip, drip. Paso de puntillas entre los charcos del suelo de madera. ¿O es que hay una gotera en el techo?

Miro hacia arriba. A diferencia del resto del estudio, aquí el techo es un tragaluz cuadrado. Allá arriba, por encima de mi cabeza, la lluvia golpea los paneles cuadrados de cristal enmarcados por pequeños riachuelos de agua que impiden que entre la poca luz grisácea que dejan pasar las gotas. Me recorre un escalofrío. Este lugar es siniestro. Me pregunto qué esconde el viejo artista tras la cortina de terciopelo negro que cubre la pared. ¿Será Dorian Gray en sus pantalones de montar?

Antes de que alcance la cortina para descubrirlo,

un objeto capta mi atención.Tiene unos treinta centímetros, de bronce, de aspecto mugriento: Es una estatua con una corona de plumas, lleva un mayal en la mano y su erección se yergue por delante de él.

¿He dicho erección? ¿Como en pene? ¿Polla? Oh, sí, eso he dicho. Esto es mucho mejor que cualquier souvenir de hotel. Llena de curiosidad, me acerco y rodeo con mi mano el falo de la escultura, y continúo sujetándolo. No sé por qué, pero no puedo soltarlo. Sonrío. Hace tiempo que no tengo un pene tan duro en la mano.

Me asomo a través de la pantalla y le pregunto al viejo artista por la estatua.

—Eso que tiene en la mano es *la gaule*, la erección, del dios egipcio —dice, mientras da golpecitos a su paquete de tabaco. Está vacío.

—Debería salir en un anuncio de Viagra —comento, para ocultar mi desconcierto. La estatua tiene su encanto, si te gustan los egipcios con el pelo de pincho.

—Min es el dios de la fertilidad, *mademoiselle*. Su símbolo es el trueno.

Retumba un trueno. ¡Qué oportuno!

El viejo artista no pierde el hilo, como si hubiese contado esta historia cientos de veces:

—Tiene el poder de otorgar juventud y sensualidad —hace una pausa, y continúa en voz más baja—, si alguien está dispuesto a pagar el precio.

—¿Precio, *monsieur*?

—Debe vender su alma, *mademoiselle*.

Levanto una ceja:

—¿Vender mi alma?

—Sí. Será joven y hermosa…

—¡Anda ya! —está de guasa, ¿no?

—Pero no puede enamorarse.

Eso no puede pasar. No después de lo de David. Pregunto:

—¿Y que pasa si me enamoro?

—Que vuelve a ser como era antes.

En otras palabras, de mediana edad y con sobrepeso. Pensativa, recorro con los dedos la, eh… polla de la estatua. Según el viejo artista, está a la venta. Es tentador. ¿No volver a aumentar de talla? ¿Un vientre plano? ¿Pechos turgentes? Es una idea fascinante, vibrante magia negra sexual. pero ¿merece la pena arriesgarse a un control de seguridad en el aeropuerto? Niego con la cabeza. Todavía tengo malos recuerdos de las miradas de desdén y los cacheos de cuando a mi ex secretaria (sí, la pareja actual de David) me coló un pintalabios vibrador en el equipaje de mano cuando volé a San Francisco hace un mes. No quiero volver a pasar por eso.

Con una sonrisa le digo al viejo artista que lo pensaré. Se encoge de hombros, y desaparece en busca de otro paquete de cigarrillos. Miro a mi alrededor a ver qué otros tesoros encuentro. No hay nada. Jarrones rotos, libros viejos, una lámpara Tiffany y un cuenco rojo manchado de carboncillo, que emite un olor extraño. No es desagradable, sólo extraño. Me acerco a oler. Canela, vino… ¿y jengibre, puede ser?

En cuestión de segundos, se me nubla la mente, como si los duendecillos del vino hubiesen invadido mi cabeza y usasen mi cerebro como cubeta para pisar la uva. ¿Es la botella de Pinot Noir con la que he ayudado a pasar las patatas fritas, o es esta cosa apestosa del tarro? La bilis del estómago se encuentra con el aceite de freír y añade alcohol afrutado a la mezcla, desbaratando mi equilibrio. Sea lo que sea, se me aflojan las rodillas, como si me moviese a cámara lenta. Intento enfocar, pero todo está

borroso. ¿Y si me desmayo? ¿O entro en coma? Sin un príncipe para despertarme con un beso francés. De eso nada. Caigo de rodillas, pero me niego a sucumbir a los trolls que bailan en mi cabeza. Me agarro a la cortina de terciopelo negro cuando…

¡Swwooosh!

Levanto los brazos al tiempo que la montaña de terciopelo se me echa encima, asfixiándome. Entre jadeos intento quitarme la suave oscuridad de los ojos, liberarme de la capa de murciélago gigante que me cubre de los pies a la cabeza. Jadeos fuertes, precipitados, con una nota de pánico, invaden mis oídos y hacen que se me ericen los pelos de la nuca. Contengo el aliento y escucho. ¿Quién es?

Dejo escapar el aire. Mierda, soy yo. Jadeo como una estrella porno que finge un orgasmo en el ciberespacio.

Vale, ya puedo tranquilizarme. No estoy aquí atrapada con una espeluznante aparición que me habla con oscuros gemidos, puedo quitarme esta cortina de terciopelo de encima. Pero cada vez que tiro en una dirección, la tela se mueve en otra, dándome ganas de vomitar. Tengo que librarme de las náuseas. Respiro hondo. Otra vez. Otra más. Nunca más mojaré patatas fritas en vino tinto. ¿En qué estaba pensando? De pronto…

… por encima de mi respiración agitada aparece otro sonido. Carcajadas. ¿Carcajadas? ¿Ha vuelto el viejo artista? Tengo la extraña sensación de que se está atragantando con su cigarrillo sin filtro, disfrutando la escena. Yo le daré motivos para reírse cuando salga de este infierno de terciopelo y…

… eh, espera. No es él. La risa es profunda y sexy, y está tan cerca de mi oído que un escalofrío recorre mis vértebras, que chocan entre sí como piezas de Lego que no encajan. Aquí pasa algo raro. Gotas

de sudor entre mis pechos se deslizan tórax abajo, y caen por mis muslos mientras tiro y tiro de esta cortina de terciopelo. No puedo soltarme. Se acelera mi respiración. Tengo húmeda la nuca. Por fin consigo arrancarme la gruesa tela de la cara y…

… lo veo. Me mira. Sus ojos azul oscuro me intrigan. Un cuadro a tamaño natural de un hombre de alrededor de un metro ochenta.

Me echo a reír, relajando la tensión de mi rostro. Así que eso es lo que escondía la cortina. Un semental. Con los brazos cruzados y las piernas entreabiertas, lleva pantalones más que apretados que marcan su impresionante miembro, y se está...

¿Riendo?

Se me pone carne de gallina. Cuanto más pienso en lo que he oído, más convencida estoy de que lo he imaginado. Oír esa risa sexy de hombre ha avivado el deseo carnal tan dormido en mi psique femenina que ya no sé qué es verdad y qué existe sólo en mi cabeza. Bueno, míralo ¿quieres? Es un cuadro, maldita sea. Tócalo. No, ahí no. Ahí, en la mano. Está fría. ¿Ves? No es humano, así que quítate ese rollo siniestro de la cabeza y lárgate de aquí. Ah, se me había olvidado. No puedo. Estoy desnuda.

Bueno, chica. No puede verte.

Sonrío. Sí.

Así que ¿por qué no divertirse un poco y flirtear con él?

Con los ojos puestos en el hombre del cuadro, recorro mis pechos con los dedos, los tomo con ambas manos. Juguetona, me froto los pezones, duros, marrones y puntiagudos, me lamo los labios. Cuando empiezo a sentirme más cómoda con mi juego de provocación, muevo los dedos hacia abajo hasta el vientre, luego entre las piernas. Balanceo mi cuerpo con gracia, con elegancia. Esto es arte.

¿Arte? Venga, toda una vida leyendo el *Cosmopolitan* me dice alto y claro que esto es sexo, ni más ni menos. Mis fluidos corren y la plenitud de mi sexo se hincha cuando oigo al viejo artista trastear ahí en la sala.

Ya está de vuelta.

Le oigo prender una cerilla. Está encendiendo otro cigarrillo Gauloise.

Una ondulante columna de humo serpentea por encima de la pantalla que nos separa. El humo no afecta al hombre del cuadro. Yo toso.

Sin apartar la vista del cuadro, me dirijo al otro lado de la pantalla, y comento con un tono que espero que sólo trasluzca curiosidad:

—He encontrado un cuadro que me gusta.

—¿*Mademoiselle*?

—El tipo guapo con pantalones apretados detrás de la cortina de terciopelo negro —me muerdo el labio inferior.

—Ah, ha encontrado a Paul Borquet.

—¿Quién es?

—Estaba considerado un genio en su época. El cuadro es un autorretrato que pintó en su estudio de Montmartre.

—No había oído hablar de él.

—Desapareció de forma misteriosa en 1889 y el mundo del arte se olvidó de él. Lo descubrí hace años.

— ¿Por qué lo tapó?

Me inclino hacia ese artista perdido. Estamos tan cerca que se tocan nuestros muslos. Me estremezco. Tiene un carisma electrificante que trasciende al mundo en tres dimensiones. ¿O simplemente es que estoy cachonda?

—Las modelos pasaban demasiado tiempo mirándolo—. El viejo artista se echa a reír—. Y excitándose.

Incluso con la luz tenue entiendo por qué. El hom-

bre es oscuro, de aspecto amenazador, con un aura de lujuria que hace que mi piel se estremezca con fantasías de cafés recónditos, alcohol fuerte y noches de pasión empapadas en sudor. Un héroe erótico.

Mi mirada se posa en el bulto prominente de su entrepierna, que confirma mis sospechas. Es guapo, de rasgos muy pronunciados, aunque ligeramente asimétricos, que le dan un aire arrogante. Está de pie con las piernas abiertas, el pelo oscuro, tirando a largo, flota alrededor del cuello abierto de la camisa, en contraste con la musculatura de su pecho, visible a través de la camisa arrugada.

Mirarlo desata un ardor suave abajo, en el área inexplorada debajo de la marca de mi moreno artificial. Me hace estremecerme. Me recuerdo a mí misma que sólo es un cuadro. Luego me asalta una idea mezquina. ¿Cómo sería hacerle el amor? ¿Por qué no? Después de que David me dejara plantada, una chica tiene que alimentar sus fantasías, aunque sea con un tío bueno de dos dimensiones con pantalones ceñidos.

Deslizo la cortina de terciopelo negro que me cubre los hombros con un gesto provocativo, dejando que caiga espalda abajo y me acaricie el trasero. Me pregunto cómo sería recorrer su pecho con los dedos, tocar su carne, y a continuación agarrar el fular violáceo enrollado alrededor de su cuello con gracia y acercar su rostro al mío. Tan cerca que pueda inhalar su perfume almizclado, y entonces apoyar la mejilla contra la profunda negrura de la capa que lleva echada sobre un hombro.

Noto mis tabúes elevarse y escapar de mí como si alguien me hubiese aspirado el aliento con un beso largo y profundo. No puedo sacar de mi mente el deseo de que me bese con pasión.

Me estremezco. Tengo la nuca empapada en sudor. ¿Qué estoy haciendo? ¿Hacerle el amor a un artista que murió hace más de cien años? Estoy perdiendo la cabeza. Debería salir fuera a que el chaparrón me despeje la mente.

¡Flash! Un relámpago baila sobre la pantalla de ébano y hace que reluzca. Le doy la espalda al cuadro. No lo voy a mirar más. No lo voy a mirar. Un trueno retumba en mis oídos, como si Paul Borquet me retara a mirarlo.

—¿Era impresionista? —pregunto.

—Paul Borquet era uno de los mejores, *mademoiselle* —contesta el viejo artista—. Monet, Renoir, Toulouse-Lautrec, todos admiraban el trabajo del joven pintor. Y su valor.

Vuelvo la cabeza y echo un vistazo a Paul Borquet. Sé que no debería, pero no puedo evitarlo.

—¿Valor? —pregunto. Vale, así que era un auténtico macho alfa. Interesante. Muy interesante, justo lo que no necesito. Otro tipo que toma esteroides como si fueran M&Ms morados.

—Murió en un fuego, *mademoiselle*, intentando salvar a la mujer que amaba.

No está mal, pero ya he tenido suficiente supermacho. Entonces, ¿por qué no puedo dejar de mirar a Paul Borquet? Les diré por qué. No se trata de magia negra. Entiendo de arte. Su obra tiene energía. Es vibrante. Comprende de veras el color. Su uso de la pintura se convierte en el vehículo para la percepción de la luz. Parece suspendido, brillante y vivaz dentro del marco del cuadro. La obra tiene una cualidad de instantánea, una sensación de inmediatez y espontaneidad, como si él estuviese aquí ahora mismo, delante de mi. Vivo.

—Paul Borquet —murmuro. Me llevo el pulgar a los labios y lo chupo, mientras me pregunto si se-

ría tan bueno en la cama como lo era con el pincel. Un fuerte apetito sexual despierta en mi interior y me hace tocarme. Muy adentro. Me lamo los labios y me lo imagino desnudo. Deslizo las palmas calientes de mis manos por mis muslos, imagino el líquido pegajoso, como rocío goteando de su pene, brillante. Saboreo este momento. Su uso de pinceladas bruscas y trazos afilados sugiere una agresividad en su personalidad que me excita. Me da escalofríos, me pone caliente. Muy caliente.

Mantengo la mirada en el cuadro mientras agito las caderas y sueño cómo sería tener el pincel de este impresionista desaparecido deslizándose por mi vientre, entre mis muslos, haciéndome cosquillas con sus cerdas suaves. Él recorre mi pecho con los dedos, entreteniéndose aquí y allá, se toma su tiempo. Después me lame con la lengua, al tiempo que mete y saca el dedo de mi sexo. Dentro y fuera. Dentro y fuera.

Me balanceo, me agito, gimo, apenas si puedo controlar mis impulsos. El olor fuerte a pintura al óleo se mezcla con el otro más dulce de mi propio deseo, mientras me muevo al ritmo de la música en mi cabeza. Juro que Paul Borquet me hace un guiño. Doy un paso atrás. Luego otro. Parece seguirme con la mirada. Un apetito incontrolable me crece por dentro, demanda ser satisfecho.

Me inclino hacia delante, me toco los pechos, pellizco los pezones, balanceando los hombros de adelante atrás. A continuación me froto el pubis despacio, desafiando al hombre del cuadro a besarme. Hago como si cabalgara al artista desconocido, aprieto las piernas despacio en torno a su cuello, sus cabellos negros cosquillean el interior de mis muslos y acerco mi sexo a su boca, balanceo mi cuerpo de delante atrás sobre sus labios. Un cosqui-

lleo vibra entre mis piernas. Un calor sudoroso me recorre deliciosamente el pubis, y una sensación sutil pero ardiente fluye a través de mi cuerpo cuando acaricia el sensible botón de mi clítoris con la lengua.

Aprieto los músculos del pubis. Mi sexo está apretado y caliente, aunque no me he corrido. Quiero que me folle. Quiero abrazarme a su polla como si estuviera muy dentro de mí. Quiero tenerla ahí para siempre. Tengo la boca seca. Me chupo los labios decorados con un brillo rosa, y suelto un gemido suave.

¿Puedo saltarme los límites? ¿Puedo tener un orgasmo en mi fantasía? Sonrío. Nadie me ve detrás de la pantalla. Nadie salvo Paul Borquet con sus anchos hombros, sus bíceps turgentes, su cintura baja y sus muslos firmes. Y, oh sí, su traserito estrujable.

El corazón me late con fuerza. Me abandono, agarro la estatua del dios egipcio Min y la sujeto contra mis tetas desnudas; su erección firme reposa en mi canalillo mientras me corro de forma salvaje, una dulzura tibia recorre mi coño y melódicas oleadas de placer me recorren. Una cortina de ronroneos, gemidos y suspiros bañan el aire, algunos suaves, otros más altos, dolorosamente extáticos.

Todos esos sonidos no hacen sino intensificar mi orgasmo, el más largo en mucho tiempo. No cierro los ojos, no dejo de mirar a Paul Borquet, deseo sentir sus brazos rodeándome, sus labios besándome, su cuerpo apretado contra el mío.

—Si fuese joven y hermosa, no te daría cuartel —susurro en francés, cambiando mi peso de un lado al otro. La plataforma de madera cruje bajo mis pies desnudos y mojados. Un relámpago ilumina la claraboya y me golpea los ojos como una

bombilla de mil vatios—. Te haría enamorarte locamente de mí.

Grito cuando una corriente eléctrica sacude la escultura de bronce que tengo entre las tetas, y envía una corriente caliente a través de mí, vibrante a través de mi cerebro, y me eriza el pelo de los brazos.

Oigo la voz del viejo artista, muy lejos, que dice que va a buscar ayuda, pero no puedo contestar, no puedo centrar mi atención. Todos los músculos de mi cuerpo se ponen rígidos, y siento que me elevo y navego por el espacio, como si algo me dirigiese hacia el cielo. Me recorre un escalofrío inexplicable, como si estuviese en medio de un torbellino, con electricidad brillando sobre mi piel, entrando y saliendo de mi cuerpo más rápido de lo que tardo en parpadear.

¿Qué me está pasando?

Éste no es mi mundo. La electricidad baila una coreografía de luz y oscuridad sobre mí, dibuja el recorrido de mi sudor. Estoy sin aliento, y algo más que un poco confundida. Mi viaje a París se convierte en el Rocky Horror Picture Show con subtítulos en francés. ¡Esto no puede estar pasando!

Un trueno retumba con fuerza en mis oídos. A continuación se apagan las luces.

Oscuridad. El aire húmedo de pronto se llena de un fuerte perfume almizclado. A macho.

Acercándose… más cerca… sí… oigo esa risa sexy otra vez, y alguien exhala aire caliente sobre mi oído. Me estremezco. Aprieto la estatua con los dedos hasta que me arden y se yerguen mis pezones. Empiezo a excitarme de nuevo, y dejo escapar un gemido cuando alguien me aprieta un pecho y lo chupa. A continuación gime.

¿Quién? ¿Dónde está? No puedo abrir los ojos,

tragar ni hablar, ni mover las piernas ni las manos, tocarlo, nada.

No puedo hacer nada más que un desesperante ruido al respirar, mientras yazgo…

¿Dónde?

¿Dónde estoy?

2

París 1889
El Artista.

«No puedo pintar, no puedo moverme. En consecuencia, no puedo creer lo que he visto. Juro que hace un momento una luz extraña ha cortado la noche y he visto a una pelirroja desnuda jugando conmigo, coqueteando conmigo, moviendo los hombros de un modo provocativo.

Sigo mirando la oscuridad fina como una gasa que vela un rincón de la estancia y un escalofrío recorre un lado de mi rostro para bajar luego por la columna y encontrarse de frente con el ardor lento que palpita en mi bajo vientre. Preparado para explotar. No. Me estoy volviendo loco. Deliro. Lo que ha ocurrido me ha dejado atontado, como si el rayo hubiera atravesado mi cuerpo».

Exhaló el aire despacio, parpadeando, intentando aliviar el extraño dolor de cabeza que se apoderaba de él, causado por beber demasiada absenta, o eso

quería creer él. Consiguió así recuperar el control... un poco. Se golpeó la pierna con la punta del bastón, siguiendo un ritmo extraño en su alma que sólo él podía sentir. Apretó el bastón con más fuerza, en un intento por aferrarse al momento. ¿Cómo era posible algo semejante? Ni lámparas ni velas iluminaban el rincón en el que había visto a la pelirroja; la luz de la luna no entraba por la ventana abierta. No había oído entrar a nadie por la gruesa puerta de madera. El único sonido que captaban sus oídos era un susurro suave.

—Yo te haría enamorarte locamente de mí — musitó ella.

Una risita sensual escapó de sus labios pintados; ninguna inocencia fingida templaba los gemidos que salían de su garganta. Se dejó caer al suelo, como sin vida, como se esparce el sol de la mañana sobre los haces de heno en los campos de trigo, dejando atrás sólo sombras profundas. Frío. Soledad.

Lanzó un gemido.

Esa noche, trabajando en su estudio, había tenido la sensación de que lo observaban. Lo deseaban. Lo desnudaban. Sonrió. Era la pelirroja. Un cosquilleo familiar lo hizo retorcerse con energía frenética, como si miles de labios rojos de carmín, labios húmedos, los labios de ella, besaran y succionaran su pene largo. Arriba y abajo, trazando círculos con la lengua.

Un espasmo de anticipación hizo que su pene duro se apretara contra el pantalón estrecho. Estaba excitado, estimulado por la pelirroja. Sentía el pene grande e hinchado con una necesidad que no podía ocultar.

Pero antes tenía que averiguar si ella era real.

Paul Borquet se acercó al rincón oscuro con

miedo en el corazón. Miedo de descubrir que ella era sólo una ilusión. ¿Qué otra cosa podía ser? El susurro que había oído procedía de muy lejos, y se apagaba lentamente, como el largo suspiro de una joven en su primer orgasmo.

Respiró hondo.

La chica hermosa yacía en el suelo, inmóvil. Era de carne y hueso.

Y estaba desnuda. El tono pálido de su piel le encantaba; su rostro le embrujaba, sus pechos se echaban hacia delante y tenía una mano entre los muslos, como desafiándolo a asomarse y saborear su pubis. Sus caderas delgadas y sus piernas largas encandilaban el ojo del artista con una armonía sensual tan perfecta que no podía hacer otra cosa que mirarla.

No podía concentrarse en nada que no fuera la pelirroja. Ni en la modelo que la esperaba en el pequeño estudio de arriba ni en el cuadro inacabado ni en su necesidad de más absenta. Había bajado allí a calmar su sed del licor verde cuando una lluvia cegadora de luz lo había atraído a aquella habitación y entonces la había visto.

Y nada más importaba.

Respiró hondo y la sombra del perfume erótico de ella descendió sobre él y lo encerró en un momento sensual tan real que le tembló la mano con la que buscó el pulso de la joven en el cuello. Abrió mucho los ojos azul oscuro. Sí, en las venas de la chica latía la sangre, pero su piel estaba caliente, como si una llama fiera bailara sobre su cuerpo sin quemarlo. No pudo evitar tocarle la cara, los labios. Los pechos. El deseo de retorcer los pezones calentó su bajo vientre. Anhelaba lamerlos con la lengua y mordisquearlos luego. Gimió, deseando poder enterrar la cara en aquella carne blanca cremosa y

oler el aroma de su sexo de mujer. Dulce y pungente. Erótico.

Tenía que pintarla. Era preciso.

Cerró los ojos en una tortura de éxtasis. Tocar a la hermosa pelirroja lo sacaba de su profunda tristeza. Antes había estado melancólico, sentado silencioso y recogido en su estudio, con la cabeza hundida en el pecho y el pelo colgándole por el rostro mientras bebía absenta. Se sentaba así noche tras noche, maldiciendo el mundo del arte por no reconocer su genio.

Por la tarde se había levantado de su estupor de borracho y había ido al Louvre a estudiar las obras de Delacroix, Poussin y los maestros holandeses del siglo XVIII. Eso suponía para él una liberación ideal cuando las jaquecas y los sueños atormentaban su cerebro con tal dolor que no podía sostener el pincel con firmeza.

Después había ido a su pequeño estudio en el distrito de Marais, en casa de *la comtesse*, su amante de otro tiempo, y preparado sus pinturas, pero no había ocurrido nada. Nada. Sus impulsos creativos estaban dormidos. Ya no podía buscar en las partes más remotas de su mente y explorar el vasto universo de su imaginación, esa mística de sensaciones que sabía que podía lograr y que le permitía poner sus sentimientos en el arte. Sin embargo, no se rendiría. No podía.

Respiró con fuerza, con un anhelo repentino por captar el olor a pintura y el sonido de pinceladas cortas y rápidas susurrándole al oído. Conjuró en su mente un cuadro deslumbrante de la pelirroja, viendo ya con claridad los colores. Rojo. Azul. Amarillo. Colores fuertes, apasionados. Colores que vivían, que capturaban el momento.

El corazón le latía con fuerza y un velo delgado

descendió sobre su razón, el velo de la locura que acompañaba a menudo a su arte. Siempre luchando por vender los cuadros suficientes para comprar más pintura, mientras luchaba también por expresar un sentimiento, un pensamiento, una necesidad humana en su obra.

¿La esperanza no podía expresarse con una estrella en los cielos? ¿El hambre de un alma que busca amor con el resplandor de una puesta de sol? ¿La belleza de todas las mujeres por los ojos luminosos de una mujer?

Estaba seguro de que la pelirroja era esa mujer.

¿Cómo había llegado hasta él? Estaba allí en la habitación, aquella seductora criatura de la noche. Y en ese caso, debía de ser experta en magia negra y una seguidora de lo oculto. Se regodeó en la idea de que fuera una compañera apropiada para acompañarlo en su viaje de exploración mística y sexual por el submundo parisino de hedonismo y excesos, donde bailaban mujeres desnudas para complacer a hombres decadentes.

Él lo llamaba su *cirque érotique*, donde *mademoiselle*s jóvenes y hermosas iban de habitación en habitación en suntuosas mansiones privadas y bicicletas sin pantaletas, desnudas de cintura para abajo, ofreciendo a los caballeros una visión exquisita de sus nalgas descubiertas; o donde las mujeres se ofrecían como esclavas del amor y tomaban voluntariamente sustancias intoxicantes fuertes para aumentar el placer de ambos al cumplir la voluntad del amo; o donde participaban en tríos salaces, para asegurarse de que el caballero siempre tuviera el doble de diversión.

Él abrazaba aquel mundo, un mundo donde había magia en cada beso y todos los besos eran mágicos; un mundo que encontraba extrañamente evocador.

El mundo de las artes negras.

La chica gimió. Se movía.

—¡Ohhhh! —cruzó un brazo sobre el pecho y su mano apretó juntos los pechos exuberantes. Él dio un respingo. La visión de esa carne blanca deleitaba sus ojos, pero su mente le decía que la cubriera o se resfriaría. Conocía el guardarropa de la dueña de la casa de un modo íntimo, por lo que no tardó mucho en encontrar una capa de terciopelo rojo con capucha. La echó sobre el cuerpo desnudo de la chica y después la tomó en sus brazos, regodeándose en la ligereza de su cuerpo esbelto cuando…

… la otra mano de la joven se abrió y el objeto que sostenía cayó sobre la alfombra.

Él sintió una opresión en la garganta. No. No podía ser. Pero lo era. Su pequeña estatua del dios egipcio Min. ¿Se había colado la chica en la casa para robarla? ¿Qué otros tesoros buscaba? ¿Joyas? ¿Luises de oro? ¿Sedas? ¿Era una ladrona de la noche y no una diosa como había creído?

Debería echarla a la calle y no tener nada más que ver con ella. Sabía que esas mujeres eran criaturas sensuales que combinaban su oficio con besos y promesas de sexo prohibido. Mujeres desnudas en el ardor de la pasión, que besaban, chupaban, ataban al hombre con ligaduras de seda, vendas en los ojos y anillos en el pene para mantener su erección hasta que satisfacía a la chica y ella gritaba de placer.

¿Era una de ellas? Miró su rostro adorable, la plenitud y belleza de sus pechos, la curva elegante de su caja torácica, tan blanca y pura contra el terciopelo rojo de la capa. Se volvería loco si no podía pintarla, así que se la quedaría. Pero tendría mucho cuidado con sus sentimientos. Mucho.

La depositó sobre una *meridienne* de color rosa,